

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXVIII

Enero-Febrero de 1951

Núms. 307-308

Puntos de vista

La Historia de Encina

EN el tomo dieciséis, va ya la publicación de esta monumental «Historia de Chile» de que es autor don Francisco A. Encina. Y la casa Editora Nascimento ha obtenido uno de sus triunfos más resonantes al entregar a la ávida curiosidad del público esta maciza obra, fruto de la perseverancia y del extraordinario talento con que su autor ha dado vida, color, y apasionada vibración humana al desteñido y polvoriento documento que en sus manos cobra todo el poderoso relieve del más novedoso y original relato.

Alguien ha dicho al referirse a esta obra. «que es mucha historia para un país tan chico» y, esta frase que peca de superficial, tiene no obstante la virtud de destacar con mayor nitidez el mérito excepcional de la empresa realizada por Encina que arranca de la densa y apretada bruma del pretérito todo un desfile de acontecimientos y de personajes, saliéndose del cuadro inmóvil y escueto de la anacrónica manera de hacer historia, para extenderse en un amplio panorama de vívida y agitada expresión humana, y mostrarlos con sus errores, con sus virtudes, con sus defectos o con esa generosidad de alma, que hace grande la trayectoria de una vida en las actividades que le toca desarrollar.

Labor penosa y abrumadora es revisar esos aterradores montones de papeles, que en la mayoría de los casos consignan hechos

baladíes o de mediana importancia, hasta dar con aquello que va a constituir la médula histórica, la sustancia más significativa y elocuente de la investigación. Mas, todo eso es necesario para poder penetrar en el ambiente y darse cuenta cabal de cómo era el espíritu de las gentes que actuaban en tal o cual circunstancia y poder de este modo dar el juicio certero que ubique a los hombres y a los acontecimientos dentro de sus justas equivalencias históricas.

Pero este es el procedimiento usual en el historiador y no tiene mayor significación que la búsqueda de la verdad. Lo que hay de interesante en esta «Historia» de Encina es la interpretación enjundiosa, el atisbo certero, la clarividente apreciación humana que da nervio y amena vivacidad a los acontecimientos. Los hombres que pasan por las páginas de Encina no son seres borrosos que apenas se divisan en la penumbra del tiempo. Por el contrario, surgen a la vida de su época con tan poderoso relieve, con tal fuerza vital que la historia se anima y se proyecta hacia el lector en una corriente caudalosa de fascinadora amenidad que saca de quicio a la pesada monotonía de ir consignando hechos desteñidos por la pátina del tiempo.

Desde la prehistoria, pasando por las diversas fases de la fundación de la nacionalidad chilena hasta el advenimiento de la República, nuestro historiador va captando en el tiempo y en los hombres, los acontecimientos más significativos en sus orígenes y desarrollo. Encina realiza el milagro de darle a todo un mágico atractivo. Aun los hechos que no tienen relación directa con el hombre, cobran en sus páginas un palpitante interés. Y es que todo se nutre en esta «Historia» en una especie de corriente arterial, que al pasar por el corazón del escritor surge con esa animación que sólo puede dar la vida. El documento es sólo la referencia para situar el relato. Aun más: de una carta, de un decreto, de una ordenanza o de una relación cualquiera, Encina crea a un personaje de carne y hueso, lo muestra con sus defectos, con sus pasiones y con sus arrebatos. Las circunstancias que rodean al perso-

naje le sirven para perfilar un carácter, y de este modo criticarlo o justificarlo en su actuación.

Un mundo lleno de animación irrumpe de esta suerte a lo largo de las páginas de esta «Historia» caldeada con el hervor potente de un espíritu penetrante y ponderado. Acaso podrá tachársele a veces de severo, quizá de atrabiliario, pero en todo momento hay en él la conciencia de su misión, el certero instinto de lo que debe hacer un hombre dentro de las circunstancias que vive. Profundo conocedor del corazón humano. Encina no se deja arrastrar fácilmente por simpatías o antipatías que pudieran venirle por imperceptibles secuelas raciales. Acumula antecedentes, hace resaltar factores en los que se destaca nítidamente el pro y el contra y de ellos deduce como en una fórmula de matemática precisión la condición humana del personaje que destaca en el escenario del tiempo.

Es así como encontramos en las páginas de Encina los más novedosos e inesperados hallazgos. Desde la figura del conquistador hasta los hombres que estructuran los cimientos de la República, hallan en la mente creadora de este moderno historiador los rasgos precisos, nítidos en su acusado relieve humano, de la verdadera personalidad que los caracterizó, tanto en su vida privada como en su acción pública. Es preciso tener en cuenta que el tiempo infunde características especiales de convivencia social, que llegan a ser factores determinantes en el criterio por el cual se rigen los hombres en el momento de resolver asuntos de responsabilidad pública. Costumbres, modalidades, creencias religiosas, fórmulas protocolares, gravitan sobre la conciencia y en muchas ocasiones son parte principal y determinante de la actitud que se adopta para resolver un problema de trascendencia. No se puede mirar con la misma lupa la manera de actuar de don Pedro de Valdivia con la de don Ambrosio O'Higgins, por ejemplo. Ni la de Portales con Balmaceda. La corriente del tiempo va marcando etapas de evolución en las ideas y en la sensibilidad de una sociedad. Y este factor que puede parecer baladí, por demasiado evidente, es razón

determinante de la conformación espiritual que impulsa a obrar a los hombres de gobierno.

La «Historia» de Encina contiene vigorosos medallones en que el lector puede apreciar en todos sus aspectos la personalidad de los hombres que tuvieron parte relevante en el desarrollo de nuestra vida institucional. Un O'Higgins, un Portales, un Manuel Montt o un Balmaceda, no son en sus páginas meros ejecutores de un plan de acción. Son, por el contrario, seres vivos animados por la vigorosa y penetrante visión que Encina capta de la época en que les tocó desempeñarse. Allí están con sus defectos, con sus pasiones, con sus malquerencias, acaso con sus odios del momento. Pero también con sus virtudes, con su generosidad, con su aliento humano, en el que vibra como una vaharada de pasión todo el calor de la época que vivieron. No es que Encina haga novela con los personajes de su «Historia», sino que les da aquello que faltó en otros historiadores: la vibración humana que singularizó sus actos.

El documento en las manos de Encina cobra inusitada vitalidad. El lector asiste a un espectáculo en que la realidad y su drama están vivos con su patetismo de palpitante veracidad. Los detalles para dar toda la sensación del momento y de la naturaleza surgen sin alarde para comunicarle al relato una especie de corriente animadora rica en sugerencias de todo orden. Hombres, acontecimientos, escenarios, así como el sabor del tiempo van deslizándose a lo largo de estas páginas en las cuales el interés nunca decae. Un pueblo que tiene un historiador de las superiores condiciones de Encina puede sentir el orgullo de esta proeza que él ha realizado con tan admirable intuición.

Y es que en esta «Historia» hay un alma, un poderoso y robusto aliento épico. Es como una caravana en que desfila la raza chilena con sus tropiezos y caídas, a ratos con la decidida arrogancia de un pueblo en busca de un alto destino. Es obra que perfila y define las características de una raza. Obra definitiva.